ANDRES ESPINOSA, UNA LEYENDA DEL MONTAÑISMO VASCO EN SIERRA NEVADA EN 1927

MANUEL TITOS MARTÍNEZ *

RESUMEN

En el verano de 1927 Andrés Espinosa, el más grande e ignorado de los aventureros modernos vascos estuvo en Sierra Nevada, ascendiendo a las cimas del Veleta y del Mulhacén, La crónica de su viaje, que aquí se reproduce, la publicó el autor en la revista *Pyrenaica* y fue la primera de otras muchas con las que este alpinista, auténtica leyenda del montañismo vasco, deleitó a sus lectores.

Palabras clave: Sierra Nevada, Veleta, Mulhacén, Pyrenaica, montañismo vasco.

SUMMARY

In the summer of 1927, Andres Espinoza, the greatestand most ignored of all modern Basque explorers, wasin Sierra Nevada, climbing to the summits of the mountains Veleta and Mulhacen. The diary of his trip, reproduced here, was published by the author in Pyrenaica magazine. It was the first one of many other works with which this alpinist, genuine legend of the Basque mountain climbing, delighted his readers.

Key words: Sierra Nevada, Veleta, Mulhacén, Pyrenaica, Basque mountain climbing.

* Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada

INTRODUCCION

En 1927 Sierra Nevada se hallaba en una fase intermedia en su transformación desde un sistema montañoso al que subían algunos raros aventureros que dejaban constancia de sus hazañas en libros, periódicos y folletos, a un centro deportivo que dispone de albergues, de pistas de esquí señalizadas y que anualmente organiza pruebas deportivas que congregan a aficionados procedentes de Madrid, Vascongadas y Cataluña, de los que aprenden los primeros deportistas granadinos.

La situación en 1927 era de tránsito. Desde 1915 se podía utilizar el albergue construido en los Llanos de Otero, debajo de los Peñones de San Francisco, por la Sociedad Sierra Nevada, asociación deportiva constituida en 1912 para llevar a cabo la exploración de Sierra Nevada y facilitar su utilización, mediante la construcción de infraestructuras como la del albergue, un proyecto realmente grandioso del que solamente llegó a terminar una parte, aunque lo acabado se convirtió en el punto de apoyo más importante para los deportes de montaña en Sierra Nevada hasta que estuvieron concluidos los albergues las Sabinas (1931), el Universitario (1934) y el de Hoya de la Mora (1935).

En 1925 había quedado también concluido el Hotel Sierra Nevada, el Hotel del Duque, y el tranvía había llegado hasta Güéjar Sierra. Se encontraba en construcción la línea hasta Maitena, donde se podría llegar en tranvía a partir del año siguiente, 1928.

Esas instalaciones quedaban lejos de la zona esquiable, pero la nueva carretera que dirigía el ingeniero Juan José Santa Cruz avanzaba inexorablemente. Las obras de la carretera empezaron en 1920; en 1923 estaba terminado el trayecto hasta Pinos Genil; el trozo primero y el segundo estuvieron termina-

dos en su totalidad en 1927, fecha en la que se llegó a los 1.600 metros de altitud y se trabajaba en su continuación desde el Barranco de las Víboras, desviándose a la izquierda del Dornajo y avanzando en busca de los Peñones de San Francisco.

La dificultad de las comunicaciones retrasó una actividad deportiva como la del esquí. En 1914 encontramos los primeros esquiadores de los que se tiene noticia en Sierra Nevada, información que vuelve a repetirse, aunque de manera aun excepcional, en 1918 y 1922. Pero en 1925 un grupo de madrileños miembros de la Sociedad Peñalara organizan en la semana santa de aquel año una expedición a Sierra Nevada que tenía el siguiente propósito: los excursionistas saldrían de Madrid el domingo de Ramos por la mañana, para llegar por la noche a Granada. El lunes, subida al Refugio de la Sociedad Sierra Nevada; martes, ascensión a la cumbre del Veleta; miércoles y jueves, concursos de «skis» y descenso a Granada; viernes y sábado, visita a los monumentos artísticos de Granada, y domingo de Pascua, regreso a Madrid. Para ello, los esquiadores de Peñalara habían celebrado una prueba de preparación en Navacerrada la semana anterior.

Los concursos de esquí previstos efectivamente se celebraron entre el 8 y el 10 de abril y contaron con una copa de la Sociedad Sierra Nevada y otra del Duque de San Pedro de Galatino, pero en los dos años siguientes la presencia del esquí en la Penibética siguió siendo excepcional. Esta situación comenzó a cambiar cuando a primeros de julio de 1927 se fundó en Granada, bajo la presidencia de un formidable divulgador de la Sierra, José Casares, el Club Penibético y a los pocos días, la Asociación Alpinista Granadina, que vinieron a completar la labor desarrollada hasta ese momento por la Sociedad Sierra Nevada. Al año siguiente aquel esfuerzo dio sus frutos y durante la primavera se celebró en Sierra Nevada la Primera Semana Deportiva, pionera de una serie de ellas que mantendrían su continuidad hasta 1972.

En aquel verano de 1927, por consiguiente, cuando Andrés Espinosa estuvo en Sierra Nevada, el protagonismo serrano lo acaparaban el Duque de San Pedro de Galatino, que construía entonces el tramo del tranvía comprendido entre Güéjar Sierra y Maitena y Juan José Santa Cruz, que hacía lo mismo con la carretera de Sierra Nevada en las inmediaciones del Dornajo. No existía más sociedad montañera que la Sociedad Sierra Nevada, fundada en 1912, pero a principios de aquel verano se habían fundado el Club Penibético y la Asociación Alpinista.

Los medios de comunicación granadinos, prensa y revistas (*Reflejos* y *Granada Gráfica*), se ocupaban insistentemente de la carretera de Santa Cruz, de la incomunicación de la Alpujarra, del enfrentamiento del Duque de San Pedro de Galatino con la Dictadura de Primo de Rivera por un problema de captación de aguas potables para Granada, que se saldó con la imposición de una

multa de 50.000 pesetas al Duque, de las primeras excursiones organizadas por las nuevas asociaciones de montaña, a la Alfaguara, al Peñón de Canales y pronto al Mulhacén y al Caballo [1]. Pero algo está cambiando en aquellos momentos en la relación de Granada con Sierra Nevada y hasta el propio Duque de San Pedro filtra nuevamente sus propósitos, en el sentido, ahora, de que está pensando en «la posibilidad de construir un cable aéreo desde un lugar próximo al final del trayecto del tranvía Sierra Nevada, hasta las grandes alturas de la sierra, como ocurre desde Chamonix a las del Mont Blanc» [2].

Esa Sierra Nevada, a punto de desperezarse, es la que en el mes de agosto de 1927 visita Andrés Espinosa, «el mayor revolucionario alpino» que ha conocido el montañismo vaso [3] y un hombre que «abordó entre los años 1927 y 1932 unos objetivos absolutamente desmesurados para la mentalidad y las posibilidades de su tiempo» [4] cuyos «relatos apasionantes de sus andanzas por las cumbres peninsulares, Alpes, África, e, incluso, Asia, constituyen uno de los testimonios más valiosos y emocionantes que pueden hoy encontrarse en la literatura alpina en lengua castellana» [5].

Andrés Espinosa Etxebarri nació en Zornotza (Amorebieta), Vizcaya, en 1903 y desde muy joven debió recorrer las montañas del norte de España [6] antes de iniciar, con 24 años, su salida a otras latitudes, que comenzó, precisamente, por las cumbres de Sierra Nevada. A partir de aquel momento y siempre en solitario, Espinosa realizó, como más singulares, las expediciones siguientes [7]:

— En 1927 efectúa una excursión a Sierra Nevada, ascendiendo al Veleta y al Mulhacén [8].
— En 1928 realiza una ascensión al Teide.
— En 1929 asciende al Mont Blanc y poco después al Cervino.
— En 1930 se adentra en el desierto del Sinaí hasta alcanzar su cumbre más alta. A continuación se encamina hacia Mombasa para ascender, siempre en solitario, la cumbre del Kilimanjaro.

1 Información completa sobre la época y sobre la historia de Sierra Nevada en esos momentos en Manuel TITOS MARTINEZ, *Sierra Nevada: una gran historia*, Granada, Universidad, 1998,

2 *El Defensor de Granada*, 12-10-1927.

3 Antxon ITURRIZA, *Historia testimonial del Montañismo Vasco. El descubrimiento de la montaña (1848-1936)*, Bilbao, Pyrenaica, 2004, pág. 93.

4 Antxon ITURRIZA, en Enric FAURA, (coord.) *Del Teide al Naranjo. Antología literaria de nuestro montañismo*, Madrid, Desnivel, 2003, pág. 244.

5 ITURRIZA (2004), pág. 93.

6 De hecho, ingresó en la Sociedad Deportiva Amorebieta en 1925 y fue presidente de la misma entre 1928 y 1930.

7 ITURRIZA (2004), págs. 163-183.

— En 1931 realiza una expedición al Himalaya, trasladándose hasta Darjeeling, en la India, aunque debe regresar a Bilbao sin alcanzar ningún objetivo montañero al no conseguir permiso de las autoridades británicas para internarse en la cordillera.
— En 1932 asciende al Toubkal, la cima más alta del Atlas [9].

De aquellas aventuras, insólitas para la época en la que se producen, con los medios entonces existentes y sin acompañamiento de otros montañeros ni de guías locales, dejó Andrés Espinosa testimonio en la revista Pyrenaica [10]. De varias de ellas, sus andanzas por África, las reflejó en un extenso serial aparecido en el periódico *El Sol* de Madrid [11]. Su fracasada expedición al Himalaya la narró con coraje y humildad en el diario bilbaíno *Excelsior* [12]. Una subida al Urbión en 1953 la contó en la revista *Torrecerredo* [13].

La revista *Pyrenaica* había comenzado a publicarse en 1928 como órgano de expresión colectiva de la Federación Vasco Navarra de Montañismo, de sus Clubes y de sus afiliados. Por su parte, la Federación Vasco Navarra de Montañismo nació en mayo de 1924 como resultado de la puesta en común de sus objetivos e intereses de casi sesenta entidades montañeras de las que 29 eran de Vizcaya y 22 de Guipúzcoa e incluso una de Barcelona (El Solar Vasco Navarro), que agrupaban a 2.635 socios. El impulsor de aquel movimiento fue un hombre también legendario para el montañismo vasco, Antxon Bandrés Azkue, bajo cuya iniciativa se congregó en Elgeta una magna asamblea montañera que dio origen a la Federación dos años después y siguiendo el modelo de lo que estaban haciendo otras organizaciones alpinas españolas [14].

8 Unos días antes, el 8 de agosto, había participado en la carrera de montaña copa Domingo Muguruza, organizada por el Elgoibar F.C., de 33 kilómetros, que ganó Espinosa.

9 El trabajo más completo sobre nuestro autor es el realizado por Luis ALEJOS, *El montañero y aventurero Andrés Espinosa (1903-1985)*, Bilbao, BBK, 2002, colección bizkaiko gaiak-temas vizcainos, núms. 334-335.

10 Andrés ESPINOSA, «Sierra Nevada, Mulhacén, Veleta», *Pyrenaica*, núm. 6, 1927, págs. 73-79. «Impresiones de una excursión por los Alpes», *Pyrenaica*, núm. 10, 1928, págs. 94-97. «Solo en el macizo del Mont Blanc», *Pyrenaica*, núm. 14, 1929, págs. 83-116. «Islas Canarias. Teide», *Pyrenaica*, núm. 10, 1928, págs. 73-84. «El Cervino», *Pyrenaica*, núm. 14, 1929, págs. 117-137. La subida al Teide ha sido reproducida por ITURRIZA (2003), págs. 246-254.

11 Andrés ESPINOSA, «Hacia el Sinaí y el Dejbel Khaterin. Solo en la Arabia Pétrea», *El Sol*, Madrid, 9-11-1930/11-12-1930. «El Kilimanjaro. En las soledades del Gigante Africano», *El Sol*, Madrid, 16-12-1930/24-2-1931.

12 Andrés ESPINOSA, «Hacia las cumbres del Himalaya», *Excelsior*, 20-12-1931/5-2-1932.

13 Andrés ESPINOSA, «Urbión es una cimera», *Torrecerredo*, núm. 25, 1953, págs. 7-14. Reproducido en ITURRIZA (2003), págs. 432-438.

14 El Centro Excursionista de Cataluña venía publicando desde 1876 su boletín *Muntanya* y en 1914 había nacido la revista *Peñalara*, órgano de la sociedad montañera madrileña del mismo nombre.

Pyrenaica según confiesa su editorial de presentación, «viene humildemente a recoger y guardar nuestras intimidades de la vida de montaña. Será la revista como un relicario de nuestra devoción por el monte…, sin pompas literarias, sencilla como nuestros hábitos, será la memoria colectiva que vamos a escribir entre todos» [15]. Por sus páginas aparecieron los testimonios de los montañeros vascos como Etxebarrieta, Sopeña, Espinosa, Bandrés, etc., en el Naranjo, Mont Blanc, Teide, Picos de Europa, Pirineos o Sierra Nevada [16].

Y en *Pyrenaica* apareció publicado el testimonio de Andrés Espinosa sobre su viaje a Granada y su ascensión a Sierra Nevada a finales de agosto de 1927 [17].

Andrés Espinosa llegó a Granada, seguramente en ferrocarril, a las nueve y media de la noche del día 28 de agosto de 1927. Se hospedó en la fonda La Española y a la mañana siguiente, tomó el tranvía que le llevó hasta Güéjar Sierra. Desde allí subió hasta el Hotel Sierra Nevada, el llamado «del Duque». Le pareció caro, treinta pesetas por el alojamiento, y se alojó en una casa llamada el Ventorrillo, que estaba frente al Hotel. No pudo obtener ninguna información orientadora y comenzó a ascender por el castañar y la Peña del Perro, escaló el más alto de los Peñones de San Francisco y pasó la noche en el refugio de la Sociedad Sierra Nevada, en compañía del guarda del mismo. A las siete horas del día 30 se puso en marcha camino del Veleta, llegando a la cima a las 9,30. A las 10,30 inició el camino hacia el Mulhacén. Lo hizo descendiendo del Veleta por la cara oeste y aunque habla de un glaciar (el Corral del Veleta), lo más probable es que se dirigiera al Mulhacén por la Carigüela del Veleta, donde tuvo que atravesar un largo nevero en el que sufrió un accidente sin consecuencias. A las 12,30 da vista a la laguna de Ríoseco o «de los Bolos» y a la una menos diez llega a dominar la que denomina «Laguna Larga», aunque lo más probable es que se tratara de la laguna de La Caldera. A la una y media estaba en dicha laguna y almuerza en otra pequeña situada próxima. A las dos ataca la subida final, tardando tres cuartos de hora «de fuerte cuesta» en llegar a la cumbre. En la contemplación del entorno permaneció hasta las tres y cuarto en que inició el regreso entre una niebla espesa.

15 *Pyrenaica. Anales de la Federación Vasco-Navarra de Alpinismo*, Vol. I, núm. 1, Bilbao, abril-mayo-junio 1926.

16 ITURRIZA (2004), págs. 128-9.

17 Andrés ESPINOSA, «Sierra Nevada, Mulhacén, Veleta», *Pyrenaica*, núm. 6, 1927, págs. 73-79. Agradezco a Antxon Iturriza el facilitarme la copia del artículo de Espinosa. Una reseña del viaje en ITURRIZA (2004), pág. 164.

La vuelta la realiza por un camino inesperado, toda vez que dice haber bajado por la vertiente Norte en busca del curso de un riachuelo por pendientes muy pronunciadas. Tal vez bajó por la arista oeste y a través de la laguna del Mulhacén (entonces no llamada «la Mosca») buscó el arroyo del Valdecasillas. El hecho es que al rato tenía detrás los grandes gigantes de la Alcazaba y el Mulhacén, con tajos pronunciados de unos mil metros de elevación. Hacia las seis y media estaba en la «Casa de la Mina», las minas de la Estrella, y atravesando las dehesas de San Juan y las Herrerías llegó a las ocho y media de la tarde al Ventorrillo, donde quedaron sorprendidos de su pronto regreso y de que hubiera logrado pisar la cumbre más alta. Desde la distancia del tiempo, a nosotros nos admira la extraordinaria fortaleza física y su poco común sentido de la orientación para haber podido realizar ese recorrido en ese tiempo y con las dificultades que entraña el trayecto descrito.

Pero Andrés Espinosa era un montañero de raza, «una fuerza de la naturaleza —como lo ha descrito Antxon Iturriza— capaz de superar cualquier dificultad apoyado en la seguridad desmedida que tenía en sí mismo» [18].

Comentando aquella excursión, el periodista-montañero Antonio Ferrer, que firmaba entonces como «El hombre de las cavernas», diría que Andrés Espinosa, «guiado por su espíritu inquieto, toma por asalto, en solitario, Sierra Nevada, efectuando el recorrido por las cumbres de Veleta y Mulhacén. En esta expedición también puso a prueba sus pulmones y sus piernas, al cubrir esta fuerte ascensión en un solo día» [19].

Fue aquella la primera excursión que Espinosa puso por escrito, acompañando a su texto un dibujo que el propio Espinosa realizó de la fachada principal del Albergue de la Sociedad Sierra Nevada, donde se había hospedado. A ella seguirían otras por tres continentes que «el más grande e ignorado de los aventureros modernos vascos» tuvo el coraje y el valor de recorrer. Andrés Espinosa murió en Bilbao, «en el silencio que él mismo había escogido», el 16 de mayo de 1985, cuando tenía 81 años [20].

18 ITURRIZA (2004), pág. 202.
19 FERRER, Antonio, «El hombre del día: Andrés Espinosa», *Excelsior*, julio 1929.
20 ITURRIZA (2004), pág. 182.

SIERRA NEVADA, MULHACÉN, VELETA

FUENTE: *Pyrenaica. Anales de la Federación Vasco-Navarra de Alpinismo*, Bilbao, Vol. II, núm. 6, julio-agosto-septiembre 1927, págs. 73-79.

I. GRANADA

Agosto, día 28.

A las nueve y media de la noche llego a Granada, después de un bello recorrido a través de los campos manchegos y andaluces. ¿Qué impresión de paz ha producido en mi alma esta ciudad, soñadora y misteriosa…! La quietud y el silencio de sus calles, tenuemente alumbradas por el débil parpadeo de unos faroles de gas, me hacen soñar, y véo a los moros legendarios, envueltos en sus jaiques, desgranar romances de amor y pasión a unos ojos de hurí que fulguran tras la reja florida.

Roto el encanto, encamino mis pasos hacia una fonda (La Española), recomendada por un compañero de viaje. Su entrada es pintoresca en extremo; vivos azulejos tapizan el suelo; cubren sus paredes llamativos carteles de fiestas y todo ello lo preside, en irreverente mescolanza, la imagen de N.ª S.ª de las Angustias, patrona de la ciudad.

Día 29.

II. CAMINO DE LA SIERRA

El repique de las campanas, anunciando la festividad de S. Pedro, alegra el alborear de este día. Por desconocimiento de las calles de la población y la socarronería de las gentes, que me daban rutas falsas, riéndose de la gracia, pierdo el tranvía de las siete y media, viéndome obligado a esperar el siguiente.

Son las nueve y media cuando monto en el eléctrico, que, a una marcha muy suave va atravesando un valle, cuyas laderas están cubiertas de higueras chumbas y pitas, amarillean las montañas, resecas por el sol y se advierte en sus huertas gran variedad de cultivos; pasamos por túneles y barrancos muy pintorescos y agrestes, que son como heraldos de los bravíos y gigantescos macizos que nos esperan.

El día está espléndido, completamente despejado.

Por Güéjar Sierra se ven vertientes cubiertas de arbolado (castaños, álamos, cerezos…). El famoso río Genil se desliza por estos valles a los que presta frescura y lozanía con sus limpias y bulliciosas aguas.

III. SAN FRANCISCO Y EL REFUGIO ALPINO

A las once termina el tranvía su recorrido y empieza la jornada de los pies. El Padre Febo deja sentir su influencia más de la cuenta en estas encañadas, huérfanas de aire; hay carretera hasta el Hotel Sierra Nevada (paso de la excursión), mas como da tantas vueltas, aprovecho unos atajos que en una hora me conducen hasta el fin de la misma. Ignoro el itinerario a seguir para subir a los picos, y por si me veo en la precisión de pasar la noche en el Hotel, pido precio de estancia: 30 pesetas, que me parece excesivo y me encamino a una casa baja, llamada Ventorrillo de Sierra Nevada, que está enfrente del Hotel; en dicho ventorrillo decido quedarme a comer y dormir si fuese necesario.

Entretanto, procuro informarme de las rutas, horas y todos los detalles, para efectuar lo mejor posible la marcha, pero en todos los sitios mis preguntas obtienen contestaciones irónicas; de esto deduzco que son muy pocos los que han escalado la altura; a algunos les parecía imposible que pudiera hacer la marcha a pie y un «optimista» me aseguró que tardaría tres días en pisar la cumbre.

Unos momentos de incertidumbre, y tomo la resolución de decidirme a lo que salga; como, dejo los estorbos que tenía en la mochila y me lanzo a la exploración con la idea de ganar altura y orientarme, para regresar al anochecido a cenar y dormir; llevo poca ropa y ninguna provisión. Son las doce y cuarenta; el camino se halla, a principio, cubierto de hermosos castaños y cerezos; el terreno es muy fértil y las plantaciones exuberantes; muy fuertes los repechos y los caminos muy pedregosos sobre todo por Peña Perros [21]. Me llama poderosamente la atención la serie de sembrados que hay en toda la montaña; los dedican al cultivo de la patata y hay labrantíos hasta en los dos mil metros de elevación.

Según oí más tarde, cuanta mayor es la altura de sus plantaciones, mejor es su fruto.

Ignorante aún de la ruta, sigo un poco pensativo el sendero, pero como veo muy claro al S. Francisco [22], me decido a escalarlo. Antes he visto una chavola, asentada en una cueva y en vista de la serie de repechos que he pasado y pensando que no habría nadie en el Refugio [23], tentado estuve de pasar la noche en la cueva, en cuyo interior había aceite, patatas, agua, cerillas, leña

21 Peña del Perro.

22 Peñón de San Francisco.

23 Se refiere al albergue de la Sociedad Sierra Nevada, en los Llanos de Otero, tras los Peñones de San Francisco.

y un jergón de paja. A las cuatro llego a lo más alto del Peñón de San Francisco (2.579 metros). Estoy contento de no haber hecho caso a nadie. ¡Qué claro se divisa desde aquí el Veleta, Mulhacén y la Alcazaba!

Sopla un viento fresco, pero la contemplación del panorama neutraliza el frío que sienten la cara y los brazos.

¡Qué clara y hermosa se ve Granada y hacia el Norte, toda la ramificación de montañas que se extienden, agolpándose unas con otras, en tonos azulados y suaves, bajo un cielo amarillento y claro, en esta hora crepuscular!

Hacia el Este y al pie del Peñón, se encuentra el Refugio; paréceme ver la silueta de una persona; un hálito de esperanza estremece mi pecho y deseo cerciorarme si no habrá sido una alucinación de mi fantasía; a toda prisa deposito mi tarjeta debajo de la peña más alta y regreso; son las cinco; doy voces y nadie me responde, pero al encontrarme junto al Refugio, experimento una gran alegría al toparme de manos a boca con el encargado del mismo. Me dijo que podía quedarme a pasar la noche, advirtiéndome que nada tenía para cenar; yo le animé diciéndole que en la choza de abajo había gran cantidad de patatas, y sin más fue por ellas y las preparó de una forma tan exquisita que llené mi estómago de patatas fritas; en mi vida he comido tantas y con tanto apetito; esto, más unas cerezas por postre, ha sido nuestra cena.

Son las seis menos cuarto y en la paz del recinto, viendo crepitar las llamas en el fogón y charlando con el patrón, siento la satisfacción más grande que he experimentado desde que salí de mi querida Vizcaya. Salvadas bastantes dificultades y engaños de las gentes, gracias a mi tozudez, me encuentro, sereno y optimista, más decidido que nunca a llevar a feliz término mis intenciones. ¡Qué bien me río de todos desde aquí, desde los 2.250 metros del *Refugio de Campo Otero!*

El sol alumbra sin fuerza; hace frío y esto, unido a la frescura de la hierba y a la gran cantidad de aguas que hay por todas partes, cree uno encontrarse, no en la cálida y ardiente Andalucía, sino en el Garbea o en el Paga sari.

Tengo frente a mí un espectáculo grande y majestuoso; las lomas de *Maitena* y la de *Paular*, que se hallan al N. y al E. Se adornan de tintes grises, verdes y anaranjados, muy armoniosos, que toman distintos cambiantes a medida que muere la tarde, el cielo sigue azul, sin el más leve jirón de nubes, lo que hace esperar un bello despertar a este alpinista metido a emborronador de cuartillas que en estas alturas se encuentra en la sola compañía del guarda, un andaluz muy serio y formal llamado Francisco Rodríguez. Paso la noche en la caseta a él destinada, por hallarse cerrado el Refugio Principal.

Día 30

IV. PICACHO DE VELETA (3.428 mts.)

Me levanto del duro catre a las cinco y media. La mañana está fría pero despejada; no ha salido todavía el sol. El Peñón de S. Francisco va tomando tonos violáceos que se aclaran haciéndose de color carmín; el colorido es raro pero agradable y decorativo; si pudiera pintarse esto tal como se ve, habría más de un incrédulo que lo achacaría a la pintura de *nov* o fuerte impresionismo, sin parar mientes en que la realidad supera en riqueza de gamas a todo lo que pueda soñar la imaginación más exaltada.

Ha salido el sol, y sus rayos, asomándose por la loma de Maitena, dan forma y alegría al conjunto. Tras un ligerísimo desayuno, me pongo en marcha, camino del Veleta. Son las siete. Pienso que el viento, que sopla muy fuerte, va a ser mi peor enemigo, más que los repechos y el mal camino.

Llego a lo alto de la *Hoya del Moro*[24] a las 7,25. Un poco más arriba encuentro las primeras nieves del camino. Paso por un ventisquero a las 8,20. El Veleta produce desde lejos, con el contraste de la nieve y el efecto de las rocas, una impresión originalísima y muy raras veces vista; los barrancos obscuros de su lado E. Y la fuerte pendiente del O. Le dan una gracia peculiar, semejando un gran monumento broncíneo, levantado sobre blanco pedestal marmóreo, faltándole únicamente como complemento, la estatua de un héroe o de un sabio.

Después de una jornada sin descanso, llego al alto del Veleta a las 9,30; el último repecho ha sido fortísimo. Hace tanto frío, debido a la fuerza del viento, que llevo las manos y la cara completamente heladas.

Por el Sur, distínguese claramente el azulado Mediterráneo, con la blanca línea de sus olas en rítmico movimiento. Al Noroeste se divisa perfectamente Granada; y al Norte, Sierra Morena. Quedo asombrado al mirar al E. donde se encuentran el Mulhacén y la Alcazaba; los fuertes acantilados y grandes barrancos tienen un color gris raro, producto de la negra peña y del contraluz, efecto que agranda la soledad del sitio, el más grandioso de cuanto he visto hasta el día.

Dejo mi tarjeta en un cuadrado mojón, existente en la cumbre. Resguardado tras una peña de la fuerza del viento, estoy durante una hora admirando este panorama ideal.

24 Hoya de la Mora.

V. MULHACÉN (3.481 mts.)

Marcho para el Mulhacén a las 10.30. Debido a los fuertes precipicios que existen por el lado E. es necesario descender por la parte O. A poco trecho se encuentra el tan discutido glaciar[25], que tiene considerable largura; para llevar bien la marcha, es preciso seguir hasta su terminación, más ¿quién se resiste a no cruzarlo hacia su mitad, viendo que tanto se prolonga? Allá me lanzo, llevando como freno mi cachava, pero a poco de empezar a patinar, falla mi palo y caigo rodando hasta la parte pedregosa, de donde me levanto con raspaduras en los brazos y sangrando por la nariz, conmocionado del golpetazo, me repongo inmediatamente y continúo la marcha: hay que bajar bastante altura.

El terreno es pedregoso y malo para caminar; el viento sopla cada vez con más fuerza.

Como no todo han de ser adversidades en la montaña, a las 12,10 quedo sorprendido ante la contemplación de la *Laguna de Ríoseco* o de los *Bolos*[26]; es un circo plácido y pintoresco, parece un oásis entre estos áridos pedregales.

Son la una menos diez cuando llego a dominar la *Laguna Larga*[27], la mayor y más hermosa de Sierra Nevada; sus aguas tienen un color verde obscuro que contrastan con la blancura de la nieve que bordea sus orillas.

El descenso a la Laguna es muy malo. Antes de subir el repecho final, decido tomar un pequeño descanso y fortalezco mi estómago con patatas fritas y pan (única provisión del Refugio) junto a una laguna próxima a la Larga[28]; son 1,30.

A las dos ataco el macizo final, tardando tres cuartos de hora de fuerte cuesta para llegar a la cumbre.

¡Ya estoy en el Mulhacén! He llegado por fin al ansiado pico y, ahora, olvidando las fatigas, reboso satisfacción y contento.

Al amparo de un gran peñón, quedo resguardado del furioso vendaval que cada vez sopla con más brío, y contemplo el mar. ¡Mediterráneo, azul Mediterráneo! ¡Mare Nostrum! Tú, que cubres con el manto de plata de tus ondas

25 Se refiere al glaciar del Corral del Veleta, aunque no creo que Espinosa bajara al mismo, sino que se dirigiría al Mulhacén a través de la Carigüela y que los ventisqueros a los a continuación hace referencia sean los existentes en la cara sur del Veleta, en dirección hacia la Alpujarra.

26 Esta denominación es extraña en Sierra Nevada.

27 Aunque es posible que desde Ríoseco se asomara a ver la Laguna Larga, parece que a donde realmente llegó, a través de Loma Pelada, es a la laguna de la Caldera, en la base del Mulhacén.

28 Efectivamente junto a la laguna Larga existe una pequeña laguna, La Gabata, pero también la hay por debajo de la de la Caldera, que es donde seguramente comió Espinosa antes de acometer la subida.

la antigua Atlántida. Tú, que has contemplado las exquisiteces de Atenas, los esplendores de Alejandría, las suntuosidades de Roma… Tú, traes al gigante Mulhacén, en el lomo azul de tus aguas purísimas, la quietud y la paz de los campos virgilianos, los rumores de disputas filosóficas, recuerdos de los muertos esplendores alejandrinos… Tú, besas los pies del gigante, que hacia ti se inclina para recoger la canción de amor que cantan los blancos rizos de tus olas azules… Sin ti, ¿no parecería perdido en su hosquedad agreste…? Tú le das dulzura, calor de humanidad. ¡Mediterráneo, azul Mediterráneo…!

El macizo de la Alcazaba que se encuentra al E. y las vertientes del Noroeste, se hallan cubiertas de nieblas.

Existe a un lado de la cima una ermita dedicada a la Virgen bajo la advocación de N.ª S.ª de las Nieves; su interior, sin imagen alguna, ya que está solamente la llevan el día de su fiesta, está cubierto de nieve que alcanza una altura de 1,60 metros aproximadamente, pareciendo imposible que pueda penetrar por la puerta, pues su tejado, de chapa acanalada, es fuerte. Aparte de la ermita hay ruinas de edificaciones y una chavola, también cubierta por la nieve [29].

Por el lado de la Alpujarra (parte Sur) el terreno es muy suave.

Esta cumbre da la verdadera impresión de la montaña brava, con sus enormes riscos, su soledad hosca, el silbido del vendaval y las nieblas. Todos estos elementos me obligan a regresar y, dejando mi tarjeta en lo más alto de una gran peña, abandono el pico más alto de España a las tres y cuarto de la tarde.

VI. EL REGRESO

La niebla cubre todo el paisaje y la serenidad se impone, pues en estos casos el peor enemigo es la zozobra.

Por no llevar el camino de subida, me lanzo por la vertiente Norte con la idea de seguir el curso de un riachuelo [30]. Bajo por pendientes muy pronunciadas [31]; la niebla en parte es un alivio, pues no le deja a uno darse cuenta de la distancia a recorrer, siendo menor la impaciencia por llegar; llevo cami-

29 Se refiere a las ruinas de las construcciones levantadas en la cima del Mulhacén en 1879 cuando se realizó el enlace geodésico entre Europa y África a través de las cimas del Mulhacén y de la Tetica de Bacares. La ermita fue levantada por los vecinos de Trevélez sobre las ruinas de la construcción mayor de las anteriores, en 1913.

30 Se refiere al río Valdecasillas, originario en la laguna del Mulhacén.

31 Seguramente lo hizo por el collado del Ciervo en busca de la laguna del Mulhacén y no por la cara norte del Mulhacén propiamente dicha.

nando cerca de una hora y aún hay pendientes para rato; me detengo unos minutos para tomar un bocado; el tiempo va despejando y me permite ver el paisaje del fondo; poco a poco va desapareciendo la niebla y contemplo estos enormes gigantes de la Alcazaba y el Mulhacén; enormes riscos se elevan, formando acantilados muy pronunciados de unos 1.000 metros de elevación. ¡Vista fantástica y dantesca! Hermoso conjunto para un aguafuerte, fondo ideal para una tela de Zuloaga y Castro Gil. ¿No se pide fuerza en las obras de arte?; pues venid aquí pintores y artistas, aquí tenéis una cantera sin explotar, pues, exceptuando los literatos Alarcón y Gautier, aquel en su «Alpujarra» y este en su «Viaje por España», ningún otro artista ha venido a trasladar al lienzo o a las cuartillas la virginal belleza de estos lugares bravíos [32].

Llevo ahora un camino muy pintoresco, siguiendo siempre la margen izquierda del río Real (cuna del Genil); son las 6,25; paso más tarde por la *Casa de la Mina* [33] y atravieso por un buen sendero el interesante barranco de las dehesas de San Juan y las Herrerías, aspirando la brisa perfumada de la tarde.

A las 8,30 llego al Ventorrillo donde quedan sorprendidos de mi pronto regreso y de que he logrado pisar la cumbre más alta.

La jornada de hoy ha sido dura y siento grandes deseos de descanso, y tras una frugal cena, me acuesto a las diez con la hermosa perspectiva de admirar al día siguiente Granada la bella, la legendaria y misteriosa ciudad, cantada por los poetas en apasionadas estrofas, la que se contempla con languideces de sultana en las verdes aguas del romancesco Genil…

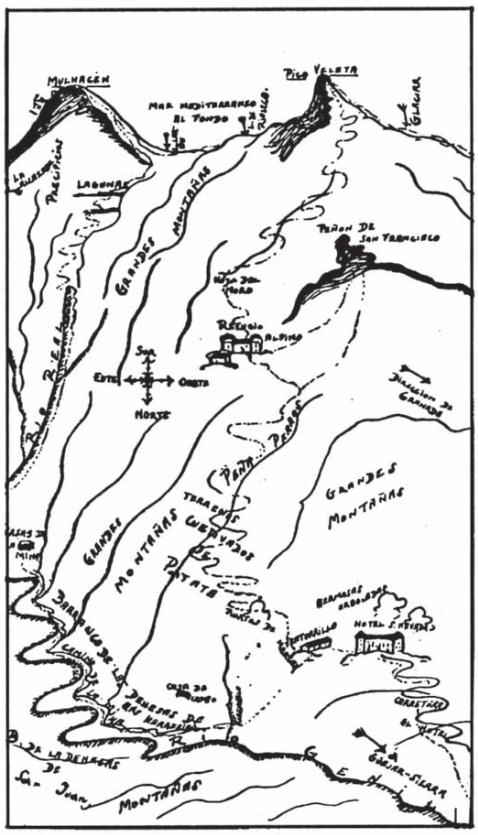
Bilbao, agosto de 1927
ANDRÉS ESPINOSA

32 Es evidente que la afirmación de Espinosa está inducida más por el entusiasmo que por el conocimiento.

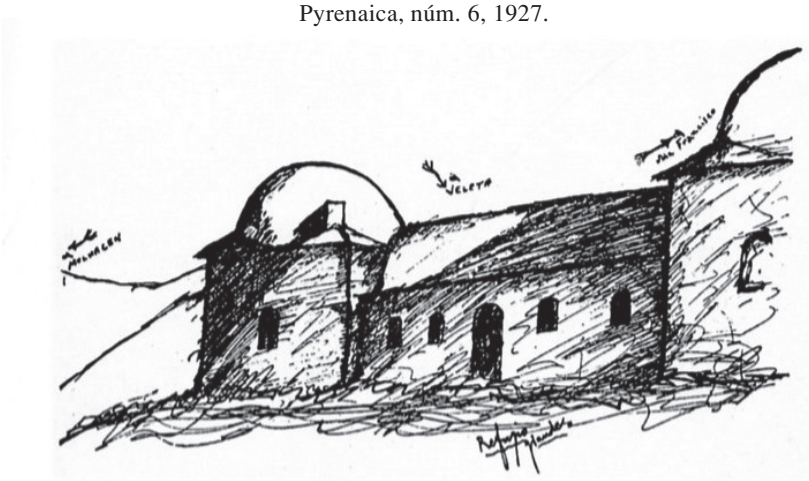
33 Se refiere a las minas de la Estrella.



1. Andrés Espinosa, con su habitual atuendo de montaña.



2. Croquis de Sierra Nevada dibujado por Andrés Espinosa.
Pyrenaica, núm. 6, 1927.



3. Albergue de San Francisco, de la Sociedad Sierra Nevada, dibujado por Andrés Espinosa.
Pyrenaica, núm. 9, 1928.